

CARDESÍN DÍAZ, José María y RUIZ FERNÁNDEZ, Beatriz -coordinadores- *Antropología hoy: teorías, técnicas y tácticas*, monográfico correspondiente al número 19 de *Areas. Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Murcia, Murcia 1999, 286 pp.

La inclusión en una revista especializada en historia de esta reseña, dedicada a un monográfico sobre la antropología, no necesita hoy —o al menos no debiera necesitar— justificación alguna: la magnitud y la fluidez de los intercambios entre historiadores y antropólogos lo acreditan suficientemente. Por otra parte, la convocatoria misma allana el camino, ya que ha reunido a antropólogos, sociólogos e historiadores. Pero este monográfico tiene una peculiaridad y es ésta la que se encuentra en el centro de la explicación de la presente reseña: sin ir demasiado lejos, podría decirse que lo mismo hubiera ocurrido si el número hubiera estado dedicado a la física, la ciencia política o el derecho, porque lo que llama poderosamente la atención de este acierto editorial que nos brinda *Areas* en su número 19 no es otra cosa que la provocación generada a partir de una *actitud* y de una forma de concebir la relación entre la disciplina y la sociedad.

«...ya no estamos en el terreno de lo exótico, todo es antropologizable», recuerdan —no sin motivos— los coordinadores. Pero no todo es antropologizable de cualquier manera, y la manera que atraviesa los textos compilados, es fértil y sugestiva. Creo que el eje que da unidad a estos trabajos va mucho más allá de una crítica a la posmodernidad, denunciada como tópico compartido en las primeras páginas. Esta unidad tiene la virtud de no definirse solo en términos negativos, como sucede muy a menudo —no nos une el amor, sino el espanto— sino que reposa en una práctica que se inclina decididamente a *sentir el pulso* de la sociedad en la que vivimos y en la convicción según la cual una mirada diferente sobre el pasado o el presente, son el primer paso para imaginar un futuro, también él, diferente.

Esta actitud —tan deseable entre los científicos sociales— es acompañada, para completar el cuadro, por una evidente voluntad de reflexionar teóricamente y por una audacia —evidente y didáctica— en materia de propuestas metodológicas, generosamente explicitadas. Las propuestas son, como es lógico, discutibles; pero corresponderá al mérito de los lectores subirse las mangas de la camisa y trabajar para discutir las, completando así uno de los objetivos que la edición de este número no puede alcanzar por sí sola: el juego de este diálogo está en sus inicios.

Es casi imposible —y poco práctico— reseñar cada uno de los quince trabajos que integran esta edición. Recogiendo una sugerencia que los coordinadores realizan en el prólogo, me he dado mi propio recorrido, al modo de *Rayuela*, poniendo en juego obviamente los intereses de mi propia lectura. Hará lo propio cada uno de los lectores. Llevando un poco al extremo el recorrido rayuelesco, haré también referencias de volumen desigual que, desde luego, no significan una infravaloración de la calidad intrínseca de los trabajos comentados brevemente: antes bien denuncian el trazado dibujado a la sombra de los intereses del autor de esta reseña.

Cinco trabajos ponen de manifiesto, de manera singular, una buena síntesis de lo que ofrece el conjunto. En «Globalización, ideologías sobre el trabajo y culturas del trabajo», Isidoro Moreno plantea de manera contundente otro de los hilos que cruza todo el paño: el concepto de globalización, vulgarizado y banalizado en extremo por su uso inopinado, es

interrogado y puesto a prueba discriminando no sólo la ideología que lo sustenta, sino sobre todo explicando –muy didácticamente– aquéllas zonas que, inconvenientes para el proyecto hegemónico, constituyen flujos errantes de energía a disposición de un modelo de sociedad básicamente segregacionista. A partir de la desmitificación del Mercado como nuevo centro de una escatología de la Globalización, Moreno señala cuán poco «globalizados» están ciertos sectores de este *nuevo dios*. Su análisis plantea el «fin del trabajo» (o mejor, de la «cultura del trabajo»), donde la panacea del «trabajo de por vida» ha sido reemplazada por la «empleabilidad de por vida»: mercado, estado, cultura del trabajo y un desmenuzado concepto de la globalización, convierten a este enfoque en válido para escalas continentales o locales, ya que la asimetría estructural es abordada no sólo en el nivel del análisis macro sino también en un trabajo de campo realizado en Andalucía cuyos resultados plantean semejanzas asombrosas, por ejemplo, con mecanismos y cifras de desempleo que manejamos para la Argentina. El concepto de *matriz estructural identitaria*, basado en la consideración de niveles tales como las relaciones de producción, de sexo-género y las interétnicas, constituye uno de los aportes teóricos concretos de este breve y muy sugestivo ensayo. No son muy diferentes los ejes que recorren la presentación de Ubaldo Martínez Veiga, quien, sin embargo, comienza el relato por el «caso». «Pobreza, exclusión social y segregación espacial» cuenta una historia particular, pero no única: a comienzos de los años 1980s., en jurisdicción del pueblo de San Juan –Alicante–, comenzaban a ocuparse las casas de una urbanización nueva, financiada con créditos hipotecarios, cuyo destinatario era fundamentalmente la burguesía alicantina que, de esta manera, podría disfrutar de vivir en medio de la naturaleza no muy lejos de la ciudad. Lo cierto es que por fallas en la calidad de la construcción, estas viviendas fueron rápidamente abandonadas y, con diferentes estrategias –que incluyen desde la venta a precio bajo hasta el no pago de las cuotas y el abandono sin más– estos vecinos (exceptuando un grupo, que en adelante el autor llama los «payos») dejaron el lugar, ocupado progresivamente por gitanos. Poco tiempo después, inmigrantes del norte de África compraron las viviendas de los «payos», lo que dio lugar a la conformación de una suerte de geografía étnica interna al Parque Ansaldo, tal el nombre de la urbanización que sirve a nuestro autor como laboratorio para trabajar (con una fuerte influencia de la sociología americana) las cuestiones de la segregación espacial y cultural dentro y fuera del espacio del parque. Así, el patrón de residencia en el Parque Ansaldo comenzó a funcionar como un estigma, a cuyos efectos el autor se muestra sensible, detectándolo más allá de la dimensión urbanística y mostrando su funcionamiento, por ejemplo, en el mercado de trabajo local. Dejando de lado los aspectos horizontales, se centra en el análisis de la exclusión, resaltando el funcionamiento del aspecto relacional por encima de un análisis estático. No obstante, Martínez Veiga deja entrever que la atención sobre la exclusión presenta alguna característica de novedad: en este punto, habrá que marcar que la exclusión es un *estado antiguo*, de la misma manera que no es tan novedosa la reflexión sobre el tema –entre los europeos, Elias y Foucault se ocupaban de esto en los años 1950s. y 1960s. De igual modo, tampoco es fácilmente aceptable que la dinámica de la exclusión sustituya a un análisis de clase, ni a los conceptos de dominación o explotación. Por otra parte, problemas bien delineados como las sucesivas rupturas de las redes de coresidencia y

los problemas de jurisdicción planteados a nivel de los municipios, dejan la impresión de haber ameritado un desarrollo más amplio en un trabajo que es, metodológicamente, de los más fuertes y sugestivos de este corpus.

Puede decirse sin faltar a la verdad que Raúl Iturra ha cumplido el sueño del antropólogo: volvió sobre Vilatuxe, una aldea de Pontevedra, a veintitrés años de haber realizado allí un trabajo de campo durante 1975, donde se había formado sus primeras ideas acerca de «...la relación entre los ascendientes y sus hijos crecidos...». Este trabajo, que trasunta una ternura infinita y por momentos conmueve, aborda las transferencias de aprendizaje en la relación *creada* entre una epistemología infantil y otra adulta; lo que es mejor, reencuentra –allí la realización del sueño– a algunos de aquellos niños como adultos, confrontando la historicidad de las vivencias de dos infancias separadas por la experiencia de la desruralización del espacio y la terciarización de la economía local. Los adultos del tercer cuarto de este siglo son, en los umbrales del próximo, niños viejos que nada pueden enseñar a aquellos niños que son adultos hoy en día. Y –arriesga Iturra– aquellos padres son hoy como niños viejos, porque los conocimientos acumulados –insiste sobre todo en la solidaridad– han sido resignificados o sustituidos. Lejos de otras antropologías que convierten al niño y la infancia en un resultado de la interacción social, Iturra restituye a la experiencia de la infancia la calidad de valor histórico agregado en las estrategias desarrolladas por aquéllos en su adultez temprana. Como en los trabajos antes comentados, Iturra considera y menciona también el rol que al estado cupo en estos procesos pero, al igual que Veiga en su artículo, parece subestimar los costos de una exposición poco dilatada en este punto. No sucede lo mismo –quizás por la naturaleza del objeto, pero también seguramente debido a su estrategia analítica– en el artículo de Cardesín, quien se ocupa de un *martes 13*. Y no es una de brujas, ni tampoco de «mala suerte». En efecto, el martes 13 de enero de 1998, una plataforma petrolífera en construcción se desprende de sus amarras, tormenta mediante, y se estrella contra el puente de As Pías, acceso principal a la ciudad de Ferrol. «Redes flexibles y redes rígidas: urbanización producción y transporte en la Galicia litoral» plantea las incidencias de este desafortunado accidente en el nivel de la planificación urbana, de la red de comunicaciones, de las políticas de estado –desde el gobierno local hasta la Unión Europea–, y en el nivel de la vida cotidiana. Siguiendo a Gluckman, utiliza esta «situación de crisis» como disparador, como motivo que le permite mostrar contradicciones estructurales. «En un área donde trabajo, consumo y ocio han experimentado un fuerte proceso de deslocalización, la circulación de personas se convierte ahora en un problema grave. Las dificultades de los trabajadores para acceder a sus empresas apenas si se pueden paliar mediante el cómodo expediente de concederles las vacaciones anuales de inmediato, tras el accidente.» (p. 126). Como en las experiencias mostradas para Alicante y Andalucía y, más cercana en lo espacial, la realizada por Iturra en Pontevedra, Cardesín exhibe sin ningún tipo de concesiones las enormes fisuras estructurales de una Galicia desafinadamente modernizada. En el astillero no pueden construirse barcos, cuota reservada por la Unión Europea a otras regiones del norte continental, sino sólo plataformas petroleras: el juez deberá resolver si el «Discoverer» es o no un barco. El accidente y la consecuente inutilización del puente puso en evidencia los costados flacos de la concentración urbana como así también los

defectos insalvables de la planificación regional. Y también continental: el área metropolitana A Coruña-Ferrol es el apéndice norte del Arco Atlántico, por lo cual las políticas locales, aquí, están contenidas dentro de esa «...transferencia de soberanía» que los estados europeos han hecho a la Unión Europea, entidad supranacional de donde emanan las políticas de constitución regional que han creado, al interior del continente, nuevos centros y periferias. Cierta nota tragicómica puede cerrar –no sin morbo– este párrafo: una segunda plataforma se ha desprendido del astillero hace pocos días, confirmando aquello de que la historia cuando se repite, lo hace como farsa.

Partiendo de estudios sobre el incremento del flujo migratorio de comunidades mexicanas hacia los campos agrícolas de California, Juan Vicente Palerm Viqueira reinstala la discusión acerca del rol que le cabe al campesinado en el desarrollo del capitalismo, integrando producción y consumo de las mercancías agrícolas en idéntico marco de referencias. Las primeras coordenadas están destinadas a ubicar su propia producción, esbozando una diferenciación entre las tradiciones antropológicas mexicana y española. La nueva antropología social, institucionalizada en la Universidad Iberoamericana, la UAM de Iztapalapa y el CIS del Instituto Nacional de Antropología e Historia, «...se distanció intencionalmente –dice Palerm Viqueira– de la tradición indigenista que hasta entonces caracterizaba a la antropología mexicana y planteó como prioridad esencial el estudio de la sociedad nacional y sus problemas críticos.» (p. 155) Este posicionamiento, fraguado a comienzos de los años 1970s, redefinió la cartografía de la distribución del trabajo de antropólogos, ubicados desde entonces en «...ejidos, ciudades, barrios, fábricas, talleres, escuelas y agencias de gobierno.» Los resultados de su trabajo en el Bajío o en California, fueron indispensables a la hora de «...cuestionar seriamente los modelos teóricos que se habían empleado hasta entonces para interpretar la realidad rural y para actuar sobre ella.» (p. 157). La perspectiva regional acerca de migrantes, agricultores no proletarizados y, en definitiva, trabajadores rurales no clasificables según las categorías tradicionales, marcan la tónica del verdadero «pulso» de estas realidades. La economía agraria californiana, nutrida por el trabajo de comunidades que vienen de y se reproducen en México, ha producido un modelo que se ha extendido a otras áreas de Estados Unidos y que lleva consigo la presencia de contradicciones que obligan a la resurrección de un viejo debate acerca de la presencia continuada y la coexistencia de formas capitalistas con otras no-capitalistas en la explotación de la tierra, realidades que, en conjunto, obligan al antropólogo «...a emprender el estudio de temas importantes de nuestro tiempo, potenciando la posibilidad de no sólo estimular un nuevo ciclo de investigación relevante, sino también la elaboración de praxis que sirvan para transformar a la disciplina y a la sociedad.» (p. 175)

Los diez trabajos restantes completan la muestra que, como se dijo, parece bien representada en estas síntesis, planteando análisis, interpretaciones y sugerencias que van del orden temático a la reflexión teórica. Partiendo de una breve pero significativa distinción entre las «dos» escuelas de Chicago –aquella de la sociología cualitativa que tuvo su auge durante los años 1920s. y la otra, «pseudo-económica», encabezada por Milton Friedman– Beatriz Ruiz se pregunta cuáles son las bases que permiten pensar qué es lo económico y qué no lo es, planteando «...una revisión de lo que consideramos como una economía orientada al lucro y

al beneficio, generadora de riqueza, a favor de lo que puede ser denominado como economía de la satisfacción de necesidades...» (p. 103) «La Reproducción es Economía» esboza, desde su título, un recorrido alternativo que –recuperando las ideas de economía moral, justicia ecológica y ética de las poblaciones diversas– hace mella en las concepciones liberales y neoliberales con un basamento teórico de reflexión que sobrepasa *ex profeso* los cánones de la materia. El trabajo de Ignasi Terradas i Saborit apunta a ubicar la dimensión de las aportaciones de la antropología jurídica, especialmente de la obra de Louis Assier-Andrieu, a partir de cuya obra, entiende, la antropología puede aprender mucho del Derecho. El planteo, sin embargo, va mucho más allá, en la medida en que propone la superación de «la querrela de los oficios», poniendo el acento en abordajes que se preocupen menos de las limitaciones positivistas sobre objeto y metodología que de las cuestiones que verdaderamente preocupan a la ciencia social. Existe también una inteligible reivindicación del método comparativo y del estudio del caso, cuya virtud reside en aumentar la conciencia de los valores que están en juego en relación directa y concreta con la vida de las personas. Dentro de una nueva tradición, que parece ubicar sus momentos fundacionales en *La Gran Transformación* de Karl Polanyi –1944–, «Ecología política y antropología social» de Dolors Comas d'Argemir ubica –una vez más– los puntos de contacto entre el hacer antropológico y una dimensión política. Es esta vez el turno de la superación de la ecología cultural y el advenimiento de una ecología política, cuyos principales temas de interés lo constituyen «...las diferencias sociales en el acceso a los recursos, el papel de los factores políticos en el uso y gestión de tales recursos, las dinámicas de desarrollo y sus efectos sobre el medio ambiente, así como la articulación entre los contextos locales y la globalidad...» (p. 80). Particularmente llamativas y estimulantes son las reflexiones que Elena Espeitx y Mabel Gracia han plasmado en su trabajo en torno a la alimentación humana como objeto de estudio para la antropología. Superan la dimensión fisiológica o psíquica del fenómeno, mostrando la polivalencia social y cultural del hecho alimentario a partir de su carácter central en la supervivencia física y de la enorme cantidad de dimensiones que este acto vincula. Los juicios de valor, la privacidad o publicidad del acto de comer, reflejan formas de pensar y de creer, que ponen evidencia principios sociales, como los de incorporación, contagio y contaminación, parte central del conjunto simbólico de las representaciones a través del cual el hombre interpreta el mundo. Si en un punto no estaremos totalmente de acuerdo es respecto a la concepción de la especialidad –al interior de la disciplina– vivida como una «sub-disciplina». En este sentido, el antropólogo, como el historiador o el demógrafo, si quiere que su trabajo suponga alguna utilidad, debe comportarse al modo de un «cazador de problemas», desprovisto del *principio de incorporación* del deber ser impuesto por la academia. Mejor, contaminarse.

Y si de alimentos se habla, la metáfora metalúrgica del «crisol de razas» fue bien reemplazada por la del «ajiaco» en la obra de Fernando Ortíz, según nos cuenta José Alberto Galván Tudela. El recorrido por la obra de Ortíz, permite al autor proponer una apreciación contextualizada de la producción intelectual del autor de *Los negros esclavos* y *Los negros Curros*, entre tantas otras perlas de la etnografía cubana. Así como la metáfora metalúrgica no tenía sentido en un país sin fundiciones, Ortíz se pliega al relativismo cultural y la lucha

antirracial desplazando del centro del análisis la categoría de raza por la de cultura. La problemática de la inmigración relacionada con las tesis criminalísticas lombrosianas cierran el análisis ensayado por Galván. La preocupación por hacer patente las implicaciones teóricas en el estudio de la etnicidad constituye el eje del trabajo de Davydd J. Greenwood. Estructura organizacional de las profesiones, paradigmas teóricos y ejercicio de la disciplina son ubicados como momentos centrales en la adopción del punto de vista que los antropólogos norteamericanos y españoles adoptaron, por ejemplo, al momento de enfrentarse con el problema de las diferencias culturales. Desandando el camino realizado, Greenwood se vale de sus propias «elecciones» para mostrar en qué medida no lo fueron, sino que las mismas, interpretadas desde este punto de vista, estaban ya contenidas tanto en la estructura de la antropología norteamericana como redefinidas por la situación étnica en el ámbito donde desarrollaba sus estudios de campo –el País Vasco.– a caballo de la Guerra Fría y la realidad política local, en los comienzos del movimiento etarro. No menos dimensión política tiene el relato de Carmen Viqueira. «Algunas experiencias sobre la enseñanza de la antropología social en México» quien retoma desde adentro el caldo de cultivo institucional insinuado por Juan Vicente Palerm Viqueira respecto de la constitución de la actual antropología mexicana. La autora toma en cuenta algunos rasgos específicos de la coyuntura que tocó vivir a los egresados mexicanos y exiliados españoles durante las décadas de 1950 y 1960, abocándose a trabajar documentos referidos a política de las ciencias sociales producidos desde la UNESCO, la Escuela Nacional de Antropología y el CIESAS. El trabajo plantea una fuerte correlación entre el «abstracto» mundo de las ideas y el otro, más tangible pero ciertamente menos explorado, de las relaciones personales de quienes ocupaban o luchaban por ocupar un lugar activo en la arena institucional de la organización académica de las ciencias sociales latinoamericanas durante los años 1950s. El esfuerzo de Viqueira ha dado un resultado que bien puede calificarse de una *rareza*, ya que muy pocas veces nos encontramos con análisis de «redes», «solidaridades» y «políticas de exclusión» aplicados a las propias instituciones de producción de conocimiento. Las vicisitudes del recorrido de su compañero, Angel Palerm, constituyen –a modo de «caso»– un excelente ejemplo de aplicación de este tipo de recorridos. En «El rol de las historias de vida en antropología» Hans y Judith Maria Buechler apuestan a la necesidad «...de realizar un esfuerzo sistemático para utilizar las historias de vida [...] como una forma de explorar la variedad de posiciones que los individuos ocupan dentro de (y entre) las culturas y los sistemas sociales, las identidades que construyen con resultado de este posicionamiento, y los cambios que experimentan esas posiciones a lo largo de sus vidas.» (p. 246). Rechazando de plano los modelos y objetos estáticos, critican las primeras aplicaciones del *network analysis*, que no superaban la limitación que implicaba dejar fuera del examen vínculos que habían sido descartados por unos modelos fijados de antemano. Polifonía y posicionalidad parecen ser los ejes clave para entender la propuesta de estos autores que, en mi opinión, ha sido recogida, o generada simultáneamente, entre los historiadores, a lo largo de estos últimos quince años. La temática de las relaciones sociales es abordada por Teresa del Valle desde los estudios de género. Con una conceptualización orginial –dentro de la cual destacan el concepto de *embodiement* y de *cronotopos*– la autora recorre, por el camino de los «miedos de las

mujeres» la trama social y simbólica de algunos de los tópicos que parecen caracterizar descripciones o vivencias *estrictamente* femeninas, poniendo de relieve el carácter poco ingenuo de estos lugares comunes, así como también su papel nada pequeño en la construcción y continuidad de ciertos mecanismos genéricos y sociales de la dominación.

«¿Pueden equivocarse los antropólogos?» es, amén de una pregunta asaz provocativa, el título del trabajo de Jean-Luc Jamard con que se cierra el volumen. Jamard se vale de la idea de la *equivocación* para abrir, detrás suyo, un amplio espectro de afirmaciones –las más realizadas por antropólogos de renombre– que hacen al bagaje de la disciplina actual, interesado sobre todo por redefinir el estatuto de ese error que, como puede uno imaginarse, apunta a ser colocado de alguna manera como «certezas en contexto». Las tintas cargan, en definitiva, contra la cristalización de ciertos «dispositivos de credibilidad» (dogmas científicos o, más corrientemente *detto* paradigmas). A propósito, el siguiente párrafo resume muy bien, a mi criterio, el plano desde el cual se dispara el planteo de Jamard: «Soy bien consciente de que casi todos los etnólogos [y qué decir los historiadores!, D.B.] son reacios a una reflexión sobre su disciplina que haga uso de nociones elaboradas por las ciencias duras. Es su problema: se trate de evasión o de sincera (y confortable) convicción de que su disciplina goza de una especificidad irreductible, según los casos [...] es necesario someter a prueba estas nociones: nada impide tantear un poco sin tener por ello que encerrarse en el corsé de las epistemologías normativas o procedimentales.» (p. 275). La «no conmensurabilidad» de las grandes teorías antropológicas las hace aparentemente incompatibles, y esto es lo que remite directamente sobre la diferencia de los modelos de conocimiento y, consecuentemente, envía a reflexionar sobre las distintas concepciones y reglas acerca de lo que es la verdad y el error.

«Esfuerzos por controlar el futuro»: este parece ser el *motu*, de esto parece tratarse el conocimiento científico. Evidente para todos cuando el «avance científico» se produce en el plano de la biología, la química o la medicina, no lo es tanto –ni para tantos– cuando el paso se da al interior de nuestras devaluadas ciencias de la sociedad. Sin ánimo de contradecir a los coordinadores, quienes ubicaban el objetivo del monográfico básicamente en el plano del diálogo interdisciplinar, es evidente que los resultados superaron largamente esta instancia, de por sí ya edificante. La aparente variedad de las propuestas contenidas en el monográfico se encuentran homogeneizadas, como decía más arriba, más allá del mero diálogo. Se diferencia y *marca* la diferencia por *actitud*, por una concepción sobre la relación del trabajo del cientista social con sus estructuras disciplinares, con el ejercicio de su profesión y con la sociedad que a muchos puede parecer irritativa pero que constituye, sin duda alguna, una plataforma plena de sugerencias inteligentes, experimentadas y resignificables, léase, el reaseguro más efectivo para pensarnos en relación con nuestras propias exigentes realidades, en permanente proceso de transformación.

DARÍO BARRIERA
prohistoria